

BERLANGA

A LA VISTA

un recorrido de cine





LUIS GARCÍA-BERLANGA MARTÍ: UNA BIOGRAFÍA

Luis García-Berlanga nació un 12 de junio de 1921 en València, en el seno de una familia acomodada de antiguos terratenientes y comerciantes. El padre de Luis, militante del Partido Liberal y diputado en las Cortes por València, tuvo escasa presencia en la vida del director. Su madre, sin embargo, fue una figura capital para el cineasta. Berlanga la definió como “rígida, religiosa y vigilante”*, aunque después añade que siempre tuvo predilección por él, seguramente por ser el pequeño de los cuatro hermanos.

El propio Berlanga se definió como un niño solitario y tímido, que escribía poesía e inventaba juegos para pasar la tarde. Pero, muy pronto, se vio deleitado por dos pasiones que le acompañarían toda su vida: el cine y el erotismo. Su cinefilia nació al ver *Don Quijote* (1933) de George W. Pabst, cuya belleza dejó a un Berlanga de 15 años totalmente boquiabierto. El origen de su erotomanía también viene de aquella época.

Los primeros años de la Guerra Civil fueron para el joven Berlanga una época de despertar sexual y enriquecimiento cultural: “Las vacaciones del 36”, como él mismo

las llamó. Pero las vacaciones llegaron a su fin cuando, con solo 16 años, Berlanga se alistó para combatir en la batalla de Teruel. Gracias a un enchufe, consiguió entrar en el cuerpo de enfermería y de aquel periplo sacó numerosas anécdotas que inspirarían, medio siglo más tarde, algunas escenas de *La vaquilla* (1985).

Al acabar la contienda, el padre del director fue encarcelado y sentenciado a muerte por el régimen franquista por su posición como diputado de la Unión Republicana. Para que le conmutaran la pena, Luis se presentó como voluntario para la División Azul, aunque en última instancia, confiesa, sus verdaderas motivaciones eran otras: “En realidad lo que me motivó a ir fue una chica. (...) creí que estando en la División Azul se quedaría prendada de mi valor y no me mandó ni una carta”*. Por difícil que fuese para el joven Berlanga superar ese desamor, la gélida Rusia le deparó situaciones mucho más funestas: uno de sus compañeros de brigada murió al ser bombardeado el puesto de vigilancia que, justo una noche antes, había estado custodiando Luis.

Oropesa del Mar



Siempre contaba que, muy probablemente, fue el único soldado que sirvió en la División Azul que tuvo miedo... ¡de los fantasmas!: “(...) en una noche oscurísima, con el viento ululando, crujiendo los escalones, (...) no tenía miedo a que me pegase un tiro, sino terror a que se me apareciese un fantasma.”



La durísima experiencia en la División Azul marcó especialmente al director: “Sabía que, fuera de mí, el pequeño mundo de los humanos era cada vez más hostil, que todo era un vacío en este país donde solo las muchachas eran atrayentes, quizá demasiado. Fue entonces cuando tomé la estúpida decisión de dedicarme al cine.” Así, en el año 1947, un joven Berlanga de 26 años hizo las maletas y se marchó a Madrid para matricularse en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas (IIEC), rodeándose de jóvenes cinéfilos como él y listo para emular a algunos de sus ídolos: Billy Wilder, René Clair, Frank Capra y Ernst Lubitsch.

Con Juan Antonio Bardem como coguionista (compañero del IIEC y tío del celeberrimo actor) dirige *Esa pareja feliz* (1951), ópera prima de ambos cineastas que se llevó a término con más amor que recursos, y *¡Bienvenido, Mister Marshall!* (1953), obra premiada en el prestigioso festival de Cannes y una de las películas más populares del director valenciano (¿quién no ha cantado en alguna ocasión aquello de “americanos, os recibimos con alegría”?).

Después de trabajar en Madrid, regresa a las costas valencianas para rodar (ya sin la compañía de Juan Antonio Bardem) *Novio a la vista* (1954), filmada en el benicense hotel Voramar, y *Calabuch* (1956), cinta grabada en Peñíscola y que le valió una candidatura a la mejor película en el Festival de Venecia.

Entre estos dos filmes, Berlanga contrajo matrimonio con María Jesús Manrique de Aragón, “amor y motor de la existencia” del cineasta, según escribió años más tarde Jorge García-Berlanga, segundo hijo de la pareja. Tras *Los jueves, milagro* (1957), película inspirada en las apariciones marianas de Les Coves de Vinromà (Castellón), Berlanga contacta con el guionista Rafael Azcona y, así, se constituye uno de los tandems más brillantes y fructíferos del cine español: a obras maestras como *Plácido* (1961) o *El verdugo* (1963), contando la primera con



La familia García-Berlanga Manrique al completo. José Luis, Jorge, María Jesús, Luis, Fernando y Carlos, fotografiados por Luis Rubio para Cambio 16. Colección García Berlanga.

Berlanga insistió muchísimo en que su boda fuese sencilla y ordinaria, hasta el punto que amenazó a su esposa con aparecer con su uniforme militar si ella aparecía en la iglesia vestida de blanco. La “precariedad” de la ceremonia sirvió de inspiración para la escena de la boda de los protagonistas en *El verdugo* (1963).

una nominación a los Oscar, le siguieron *La boutique* (1967), *¡Vivan los novios!* (1970), *Tamaño natural* (1974), la desternillante trilogía de los Leguineche (*La escopeta nacional*, 1978; *Patrimonio nacional*, 1981; *Nacional III*, 1982), *La vaquilla* (1985) y *Moros y cristianos* (1987).

Entre rodajes y desarrollo de guiones, Berlanga ostentó el cargo de presidente de la Filmoteca Nacional; inauguró, junto a otros profesionales del sector, la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas; recibió el Premio Príncipe de Asturias e ingresó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Mientras, en casa, la vis artística del director se contagia a sus cuatro hijos: el mayor, José Luis, se dedicará a la producción y dirección; Jorge será escritor y guionista; Carlos se dedicará a la música (será uno de los “pegamoides” de Alaska) y Fernando, el más joven, será periodista radiofónico. Tras 26 años de colaboración ininterrumpida con Azcona, Berlanga encontrará en su hijo Jorge su nuevo colaborador habitual, con el que co-

escribirá *Todos a la cárcel*, película por la que ganó el Goya a mejor dirección y mejor película; la mini-serie sobre Blasco Ibáñez, y el que acabará siendo su testamento cinematográfico: *Paris-Tombuctú* (1999).

La madrugada del 13 de noviembre de 2010, a los 89 años de edad, fallece Luis García-Berlanga: “Cenó una tortilla de patata, vio un partido del València y amaneció muerto en su cama, que es la mejor manera de irse” recuerda su hijo José Luis. Como último giro berlanguano, el fallecimiento del director coincidió con la boda de su hijo Jorge, enlace que, por supuesto, se tuvo que posponer. Dos años antes de su fallecimiento, el director valenciano dejó su “legado personal” en una caja fuerte del Instituto Cervantes, con indicaciones de que no se abriese hasta que se cumpliera el centenario de su nacimiento, el 12 de junio de 2021.

**Citas extraídas del libro de Miguel Ángel Villena “Berlanga. Vida y cine de un creador irreverente” (2021).*



Acto de apertura de la caja 1034 en el Instituto Cervantes. Imágenes: Instituto Cervantes. Fernando Gutiérrez.

...Y SE ABRIÓ LA CAJA 1034

Y lo hizo un 10 de junio, dos días antes de que se cumpliera el centenario del nacimiento del cineasta. Muy probablemente, el propio Berlanga lo hubiera querido así, adelantándose a la fecha y esquivando ceremonias y discursos. ¿Y qué contenía la caja? Un guion del que se había hablado mucho pero del que se conocía poco: hablamos de *¡Viva Rusia!*, película que habría continuado la célebre “Saga Nacional” y que el director abandonó tras la muerte del actor Luis Escobar, marqués en la pantalla y también fuera de

ella (ostentaba el título de marqués de las Marismas del Guadalquivir). El libreto se expondrá en la exposición “Berlanguiano. Luis García-Berlanga 1921-2021”, aunque lo que todos deseamos es que algún intrépido cineasta se atreva a recoger el testigo del maestro. Estamos seguros de que si *¡Viva Rusia!* se acaba filmando, tras rodar la primera escena y escuchar el “corten” del director, podrá oírse claramente, quizá arriba en el cielo, una voz divertida que con socarronería proclamará: “¡Vaya cagada!”.



De izquierda a derecha: el presidente de la Academia de Cine, Mariano Barroso; Fidel García-Berlanga y Jorge García-Berlanga, nietos del cineasta, y el director del Instituto Cervantes, Luis García Montero.

Los que le conocieron bien dicen que Berlanga se había acostumbrado a vivir en Madrid, pero que siempre añoraba València. Porque el que ha nacido en el Mediterráneo siempre es del Mediterráneo. Y da igual que uno viva en Madrid, combata en Rusia, filme en Aragón, le veneren en Hollywood o sueñe con Tombuctú: uno lleva consigo el Mediterráneo, siguiéndole a todas partes, como una melodía tocada por una banda callejera que no puedes dejar de tararear.



EL MEDITERRÁNEO: ALMA BERLANGUANA

No deja de ser curioso que un cineasta que partió de su València natal con apenas 26 años y se instaló en Madrid hasta el ocaso de su vida, desarrollara una filmografía tan representativa del conocido como “carácter mediterráneo”.

Así, advertimos que lo mediterráneo y lo berlanguano son parejos e indivisibles, y que el director valenciano más internacional siempre llevó consigo un trocito del Mare Nostrum, e insufló de ese talante festivo cada una de sus películas.

Por supuesto, la pirotecnia no solo hace acto de presencia (simbólica) en los caóticos diálogos berlanguianos. Los cielos de la filmografía del director valenciano se vieron surcados por fuegos artificiales en numerosas ocasiones: desde *Novio a la vista*, donde unos críos disparan cohetes contra sus mayores en una batalla campal cerca del Hotel Voramar; *Calabuch*, en la que un científico nuclear americano diseña un cohete tan espectacular que le conceden al pueblo que lo acoge el primer premio de un reñido concurso de fuegos de artificio; pasando por la accidentada pirotecnia de *La vaquilla*, erróneamente identificada por los nacionales como un ataque republicano;

o *París-Tombuctú*, que culmina con un estallido final pirotécnico con metáfora sexual nada velada.

Esta pasión por el ruido y el “sarao” (“me gusta más el ruido que los colorines y la pirotecnia”, afirmaba el cineasta) viene sin duda de la tradición fallera de la familia Berlanga, fiesta que Luis aborreció de joven pero que, con los años, se convirtió en una cita ineludible. Cada año, el director y su familia disfrutaban de la tradicional “masclètà” desde las terrazas del Hotel Londres, de su propiedad. Tal era la fascinación que este estallido sonoro despertaba en el director que acabó incluyéndolo en su última película, *París-Tombuctú*, esta vez en un escenario tan privilegiado como la Ciudad de las Artes y las Ciencias.

Sin embargo, más allá del estruendo de la pirotecnia, hay otro elemento propio de las Fallas que siempre fascinó al director valenciano: hablamos de la fiesta en la calle, esa explosión de algarabía y folclore que impera en todas nuestras festividades. El director se afanó en capturar con su cámara esa esencia, ya fuese con rigurosa concreción (“les filaes” vistas en *Moros y*



Parque Natural de la Sierra de Irta



Moros y Cristianos

Cristianos y en *París-Tombuctú*) o poblando sus películas de imaginaria popular: las bandas de música (*¡Bienvenido, Mister Marshall!*, *Plácido*, *La Vaquilla*, *Moros y Cristianos*, *Todos a la cárcel*, *Blasco Ibáñez*), los encierros (*Calabuch* y *La vaquilla*) o las procesiones religiosas (*Calabuch*, *Los jueves milagro*, *La vaquilla*). Esta rápida radiografía de las festividades valencianas deja entrever el marcado “bonvivantismo” de la cultura mediterránea, ese *carpe diem* un tanto hedonista que representó el propio cineasta (siempre le acompañó cierta fama de vago y despreocupado, aun cuando sus compañeros de rodaje lo definían como un director metódico y muy exigente). ¿Y qué define mejor al “bon vivant” mediterráneo que su gusto por el buen comer y el buen beber?

La gastronomía siempre ha sido un pilar maestro de la cultura mediterránea y su presencia en el cine de Berlanga nunca es baladí: desde el desayuno mediterráneo que le sirve Trini (Concha Velasco) al protagonista de *París-Tombuctú*, pasando por la horchata casera de la beata Encarna (Amparo Soler Leal) en la misma película, hasta el papel protagónico de los turrónes de Jijona de la familia Planchadell y Calabuig en *Moros y cristianos*. Aun así, la receta que mejor refleja nuestra idiosincrasia, y así se muestra en el cine de Berlanga, sigue siendo la paella de cada domingo.

En las películas del cineasta valenciano, como en la vida misma, la paella sirve como

Como el mismo Berlanga indica, eso del carácter mediterráneo es más bien una cuestión biológica: “Existe una biología casi marina en la gente que hemos nacido y crecido cerca del Mediterráneo que proporciona un gusto por el barroquismo o la pirotecnia, un sentido lúdico de la vida”.



epicentro de ceremonia y socialización, un ritual casi sagrado que congrega a la comunidad ya sea para celebraciones destacadas (*¡Vivan los novios!*), festejos populares en tiempos de guerra (*La vaquilla*), como ardid político (*París-Tombuctú*) o incluso para reunir en una misma mesa a políticos y presidiarios en un rocambolesco acto benéfico (*Todos a la cárcel*). Y al decir “sagrado” no nos queremos meter en la esfera de lo divino, sino más bien en el terreno de lo inamancillable, asunto que cualquier valenciano que haya discutido hasta la extenuación los ingredientes que debe tener una auténtica paella conocerá a la perfección. Pocas recetas entrañan tanta mitología y superstición como la paella y este es un detalle que a Berlanga no le pasó desapercibido: ahí tenemos a Pepe (Pedro Ruiz), uno de los protagonistas de *Moros y cristianos*, mostrándole a su hermano una paella recién sacada de los fogones mientras le dice “Mira Agustín, incluso con el agua de Madrid ha salido cojonuda”; o

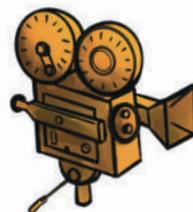
ese intento de patentar la paella por parte del hijo del marqués de Leguineche (José Luis López Vázquez) en *Nacional III* que, al terminar la cocción del arroz, hace oídos sordos a la sabia recomendación de su criado de “dejarla reposar”: una absoluta insensatez, como todos saben. En definitiva, como muy bien indicaba Berlanga, lo mediterráneo se define por características diluidas en nuestra sangre cuyo origen no es otro que ese gentil gigante que nos ha acompañado desde tiempos inmemoriales: el mar Mediterráneo. Con su riqueza, templanza y despreocupado oleaje, el mar definió nuestra cultura y perfiló el llamado carácter mediterráneo, que no es otra cosa que un anhelo por saborear al máximo la vida, aunque esta, como la arena de playa, se empuñe en escurrirse entre nuestros dedos.





Ermita de la Mare de Déu de l'Ermitana, Peñíscola

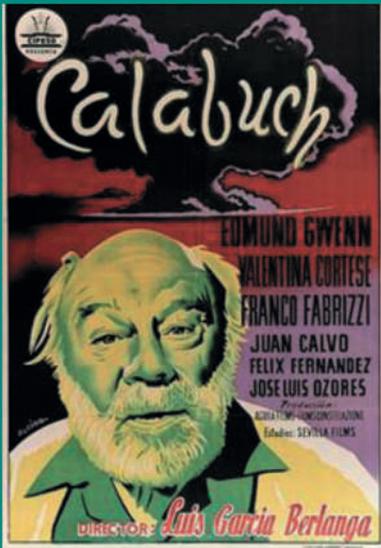
FILMOGRAFÍA ESCENARIOS VALENCIANOS



NOVIO A LA VISTA (1954)

Película *coming of age* de Berlanga en la que retrató sus vivencias de niño en las playas valencianas. La historia transcurre el verano de 1918 en un hotel costero del Mediterráneo. Allí, Loli (Josette Arno) y Enrique (Jorge Vico) disfrutan de sus últimas vacaciones siendo niños inocentes, ya que las tías de Loli apremian a la niña para que se deje de juegos y se comprometa con un apuesto ingeniero.





CALABUCH (1956)

Película “capriana” por excelencia del director valenciano. El profesor Jorge Serra Hamilton (Edmund Gwenn), un científico atómico americano, se da a la fuga harto de que usen sus conocimientos para crear artefactos de guerra. En su huida llega a Calabuch, un pueblo mediterráneo donde “cada uno hace lo que quiere y nadie se molesta”.



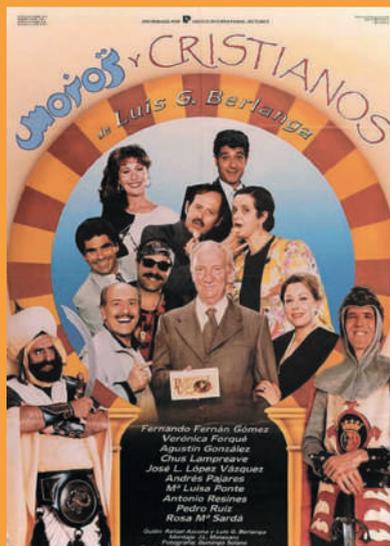
LOS JUEVES, MILAGRO (1957)

Aunque filmada en Aragón, la historia se basa en las apariciones marianas de los Coves de Vinromà (1947). Ante la debacle económica de un pueblo en horas bajas, las fuerzas vivas del lugar deciden organizar un falso milagro para atraer a curiosos y turistas. La cosa se complica cuando un forastero descubre la farsa y quiere llevar el embuste todavía más lejos.



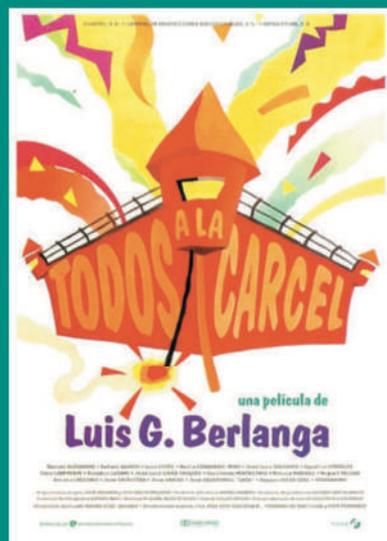
MOROS Y CRISTIANOS (1987)

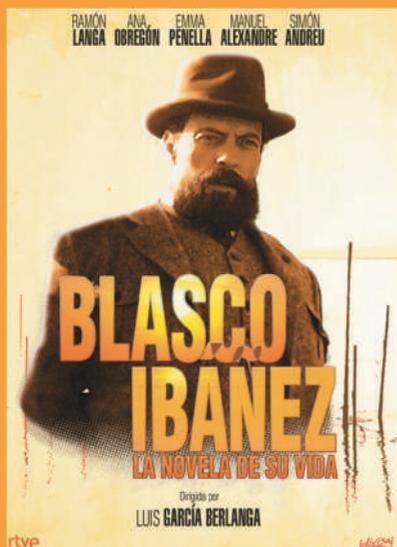
Los futuros herederos de una casa de turrónes de Jijona viajan a Madrid con la intención de expandir el negocio. Un publicista de dudosa moral (José Luis López Vázquez) se ofrece para promocionar la marca, mientras el patriarca de la familia (Fernando Fernán Gómez) trata de mantener el espíritu artesanal de la empresa.



TODOS A LA CÁRCEL (1993)

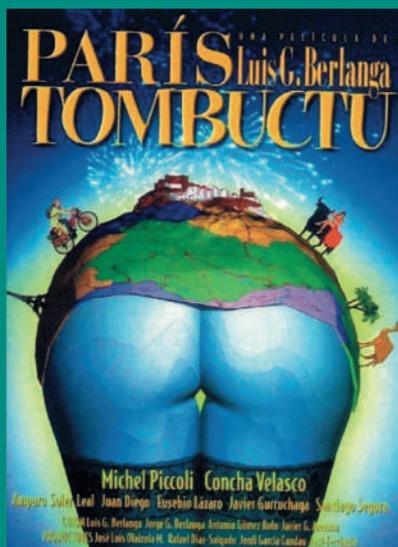
Artemio Bermejo (José Sazatornil), empresario catalán de la industria de los sanitarios, asiste a un acto benéfico organizado en una prisión para “estrechar lazos” con políticos, banqueros y otros asistentes de importancia. Un cadáver, un motín y una conspiración que incluye a la CIA y el Vaticano, son solo algunas de las vicisitudes que le esperan.





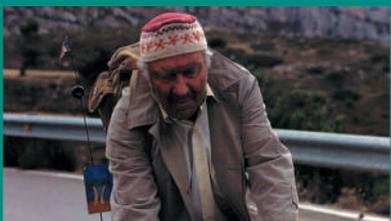
BLASCO IBÁÑEZ (1997)

Mini-serie en la que Berlanga recorre la vida entera del escritor y político, retratando sus proezas pero también sus miserias. La serie es, además, un desfile de fascinantes personalidades del s. XX: Joaquín Sorolla, Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno, Rodolfo Valentino, Greta Garbo o Matahari, son solo algunos de los citados.



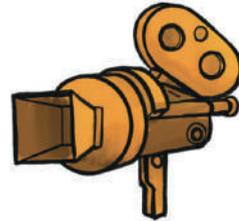
PARÍS-TOMBUCTÚ (1999)

Michel (Michel Piccoli), un cirujano francés aquejado de impotencia y hastiado de la vida, decide dejarlo todo y embarcarse en un viaje en bicicleta hasta la idílica Tombuctú. De camino se verá forzado a parar en Calabuch, un pueblecito costero donde encontrará todo tipo de personajes pintorescos.





MÁS QUE PLATÓS DONDE VIVIÓ Y FILMÓ



- Peñíscola
- Les Coves de Vinromà
- Oropesa del Mar
- Benicàssim

- Utiel
- Alboraya
- València

- Altea
- Jijona
- Alicante

BENICÀSSIM Y OROPESA DEL MAR



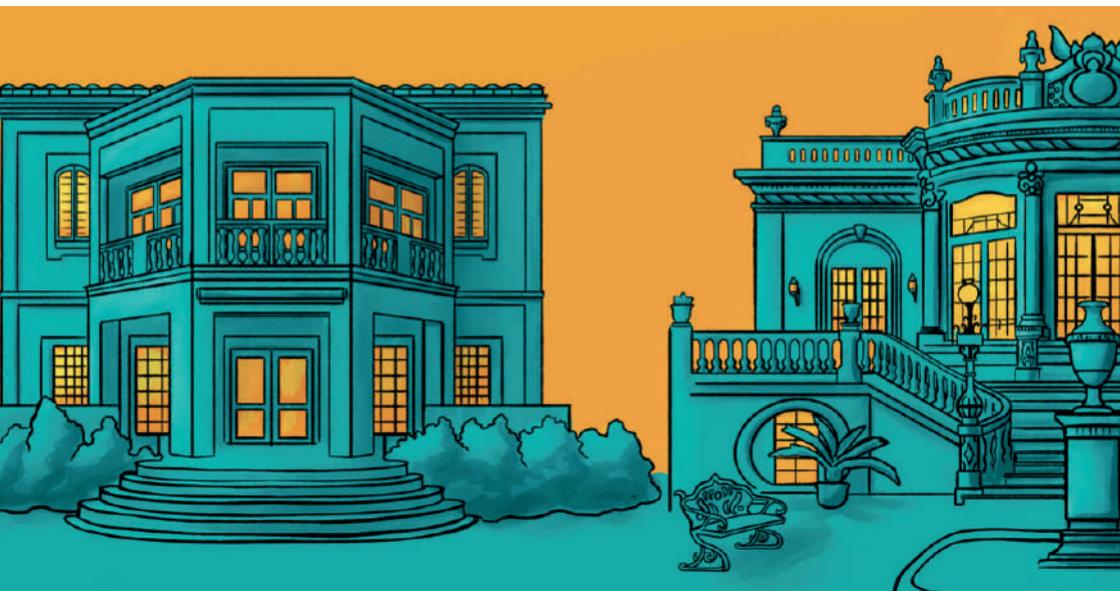
Nuestro recorrido por la Benicàssim de Berlanga, a pie o en bicicleta, podría empezar en la torre de Sant Vicent, construida en el s. XVI bajo el paraguas de un ambicioso plan de defensa costera frente a los ataques de los piratas berberiscos, perpetrados en territorio valenciano hasta el mismísimo s. XIX. Este es el inicio de la Ruta de las Villas: un enorme conjunto de residencias vacacionales de los siglos XIX y XX, de diversos estilos arquitectónicos, pertenecientes a miembros de la burguesía valenciana, castellanense y madrileña que pasaban largos periodos de ocio en Benicàssim.

Son estos preciosos chalets y su privilegiado frente litoral (playas de la Torre de Sant Vicent, de la Almabraba y del Voramar) el escenario de varios capítulos de la filmografía berlanguiana. Se puede recorrer descubriendo tranquilamente los

secretos de lugares, personas y momentos que, sin duda, Berlanga hubiera frecuentado de haber podido estar. Y de haber podido elegir, probablemente habría escogido las fiestas vespertinas del “Infierno”, como se conocía a las villas del norte, de dueños más liberales, enfrentadas en denominación y espíritu a las del sur, las de la “Corte Celestial”, más tranquilas y recatadas.

Una buena manera de realizar el paseo es utilizar las magníficas audioguías ofrecidas de manera gratuita y en formato on-line por la concejalía de turismo del ayuntamiento de Benicàssim.

En las últimas decenas de metros antes de llegar al hotel Voramar encontramos las dos villas en las que se recrearon escenas de la vida de Vicente Blasco Ibáñez en la miniserie filmada por Luis García-Berlanga, estrenada en 1997.





1. Torre de San Vicente
2. Villa Elisa
3. Villa Victoria
4. Hotel Voramar
5. Vía Verde del Mar
6. Antiguo apeadero Benicàssim-Villas (Mirador Els Canons)
7. Torre Colomera
8. Torre de la Corda
9. Antiguo chalet de Berlanga
10. La Concha

■ Villa Victoria

Es un palacete de estilo modernista valenciano de 1911, de los más destacados de todo el recorrido, construido por Salvador Albacar, un importante interiorista de la época. Durante la Guerra Civil española de 1936-39, cuando muchas de las villas fueron requisadas por el gobierno de la II República, sería utilizada como biblioteca, sala de cine, de fiestas y bailes, etc. En ella, el director valenciano recreó Fontana Rosa, la casa de Mentón (Francia) de Blasco Ibañez.

En esta espectacular villa, el escritor, ya en el ocaso de su vida, rememora sus viajes alrededor del globo acompañado de su secretario, que apunta el relato para incluirlo en sus memorias, y una sirvienta con la que, se rinde a los placeres carnales (Blasco y la sirvienta verán juntos *El ministro*, una de las tres películas pornográficas que Alfonso XIII encargó realizar para su colección personal y cuyo guion, según el escritor, es del propio Blasco Ibañez).



■ Villa Elisa

Tras la guerra civil, ya en los años 1940, todo cambió en las villas, que habían sido utilizadas como hospitales, cocinas o comedores para los soldados. Un personaje ilustre de aquel entonces, don Joaquín Bau, junto con su esposa, doña Elisa Carpi, llegaron a Benicàssim tras adquirir un solar donde habían estado las primeras villas de la zona. Allí construyeron la espectacular y ecléctica Villa Elisa, que se convirtió en el centro de reuniones más activo de todo el paseo marítimo. Volvía así la época dorada de las villas. Medio siglo después, Berlanga recrea en ella la casa que Vicente Blasco Ibáñez tuvo en la playa valenciana de la

Malva-rosa y que, según la serie, fue testigo de cómo se pintaban algunas de las obras maestras de Joaquín Sorolla, además de la quema, por parte del propio Blasco Ibáñez, de la edición entera de la novela *La voluntad de vivir*: cuando Elena Ortuzar “Chita”, amante del escritor y, a la postre, su segunda esposa, leyó el borrador de la novela y pudo comprobar las evidentes similitudes entre la narración y sus vivencias en el adulterio, le rogó que parase la edición un día antes de que se publicara el libro. Blasco Ibáñez zanjó el asunto a la tremenda, quemando todos los libros en una hoguera inmensa en la playa frente a su casa.

Al igual que le sucedió al ingeniero Coloma Grau en el siglo XIX, quien, trabajando en el antiguo ferrocarril, se enamoró de la costa de Benicàssim y construyó la primera villa, 100 años después, Berlanga, durante la filmación de *Novio a la vista*, quedó prendado de la costa virgen de Oropesa del Mar y acabó construyéndose en ella un chalet.

■ Playa del Voramar

Novio a la vista es, según Berlanga, un retrato de sus vivencias veraniegas por las playas del Mediterráneo cuando era pequeño. Aun cuando se trabajó sobre un guion preexistente firmado por Edgar Neville, no cuesta reconocer a Enrique (Jorge Vico), el niño protagonista de la película, como un trasunto de un joven Berlanga, un crío un tanto soñador y tímido a la hora de hablar con las chicas. Enrique y su pandilla juegan en la playa del Voramar (aunque se cambió el nombre de Benicàssim por Lindamar, el del hotel se mantuvo) a enterrar tesoros como si se tratara

de corsarios. En una de estas escenas, en la que unos supuestos generales, ya retirados, discuten sobre los detalles de alguna batalla, se da una curiosísima excepción en la historia del cine español: *Novio a la vista* debe ser la única película en la que la censura, en vez de suprimir parte del metraje, obligó a añadir una escena. El que la película se resolviese con una batalla campal en la que unos niños ridiculizaban a unos generales del ejército experimentados, frustrando constantemente sus estrategias, no gustó en absoluto al organismo censor. Para subsanarlo, obligaron a Berlanga a grabar una escena adicional en la que las mujeres desvelan que, en verdad, sus maridos nunca



habían sido generales, solo habían sido dos soldados rasos a quien gusta fantasear con la idea de haber tenido mayores galones.

La playa del Voramar se muestra en *Novio a la vista* con el aspecto que podría haber presentado un caluroso día de agosto de principios del siglo XX: con sus probadores a pie de playa y sus bañistas embutidos en llamativos trajes de baño. Cabe destacar el simpático personaje que se pasa la película practicando *jogging* por la playa (un *running gag* en este caso literal y figurado) ante la mirada atónita de las mujeres que, bajo sus sombrillas, tildan al deportista de “suicida”.

Toda la escena rezuma una belleza (según algunos autores se trata de la película mejor filmada del director) e inocencia que recuerda al Jacques Tati de *Las vacaciones de Monsieur Hulot*, influencia que Berlanga declara no consciente pero sí plausible.



Torre Colomera, Oropesa del Mar

■ Hotel Voramar

Berlanga escogió el Hotel Voramar (1930) como localización para *Novio a la vista* dos años después de que la familia lo hubiese alquilado para organizar eventos sociales y fiestas. El encanto del edificio, además de su exótica historia, enamoraron al cineasta valenciano, considerándolo idóneo para retratar esa época mágica, a la par que amarga, que es el tránsito de la infancia a la madurez. El hotel se retrata como un lugar casi de ensueño, mostrándonos la terraza poblada de elegantes caballeros que patinan de aquí para allá con grácil elegancia y total despreocupación. Y es ahí, en la terraza del hotel, espacio de socialización por excelencia, donde se inicia ese tránsito de la infancia a la madurez de Loli (Josette Arno), la niña protagonista de la película: allí se le presentará al apuesto ingeniero con el que sus tías se empeñan en emparejar, por mucho que la joven, a estas alturas de la película, esté más interesada en jugar con sus amigos que en conocer a pretendientes. El papel de Loli, por cierto, iba a ser interpretado por una Brigitte Bardot prácticamente desconocida por aquel entonces.

Las escenas en el interior del hotel, convertido en la película en un salón de



Rodaje de *Novio a la Vista* (1954) en el hotel Voramar.

baile en el que la flor y nata de la sociedad se deleita con refinados festejos, presentan esa actitud burlona de Berlanga ante las florituras de la burguesía (véanse las pomposas demostraciones de canto por parte del ingeniero) pero también una cierta idealización de una época pasada vista desde los ojos de un niño: el abigarrado salón de decoración *art nouveau*, repleto de jóvenes que bailan despreocupadamente, nos transporta a un momento y un lugar que parece congelado en el tiempo en un eterno disfrute de los placeres de la vida, ajenos a los problemas del mundo y la vida adulta. Sin ir más lejos, cuando el niño protagonista vuelve de las vacaciones de verano, suspende el examen de geografía porque las fronteras del mundo han cambiado drásticamente como resultado de la Primera Guerra Mundial, contienda de la que nuestro protagonista ni siquiera se había enterado.





■ La Vía Verde del Mar

Abandonamos la zona de las villas y el hotel pasando bajo el Pontazgo, uno de los antiguos puentes de piedra y hierro sobre los que, atravesando Benicàssim, circulaba el tren desde el XIX hasta que, ya en el siglo XXI, por diversos motivos se decide desviar el ferrocarril rodeando el casco urbano y abriendo la posibilidad, felizmente ejecutada, de habilitar la que hoy es una de las vías verdes más singulares y preciosas de España. La podremos recorrer a pie o en bicicleta durante 6 km hasta llegar a la vecina Oropesa del Mar.

■ Antiguo apeadero “Benicasim-Villas”

Ascendiendo y disfrutando de las vistas hacia mediodía sobre la bahía, llegaríamos hasta el antiguo apeadero de “Benicasim-Villas”, hoy desaparecido. Dicho apeadero

lo podemos ver, tal cual era en el año 1954, en Novio a la vista, convertido aquí en la estación de la ciudad ficticia de Lindamar. En esta estación es donde la joven Loli se baja de un tren proveniente de Madrid y descubre con estupor que Enrique no ha venido a buscarla. La decepción solo puede verse aliviada por la sobrecogedora vista que ofrecen la playa y el hotel Voramar. Sin embargo, esta perspectiva era imposible desde la antigua y céntrica estación de tren en el pueblo (hoy convertida en comisaría de la policía local), de manera que este plano, aunque simule ser el andén de una estación, se filmó en el antiguo apeadero litoral construido casi a los pies del desaparecido edificio del Termalismo. Hoy en día, privilegiadas terrazas y miradores de ensueño a lo largo de este tramo de vía verde sustituyen a los antiguos caminos de hierro.



Cala Oropesa la Vella

■ La costa virgen de Oropesa del Mar

Antes de atravesar las primeras trincheras ferroviarias excavadas sobre la pura roca por los zapadores del s. XIX, ya habremos cruzado a término municipal de Oropesa del Mar. Nombres tan míticos como el de las Playetas de Bellver, la Roca del Gigante, las Rocas del Moro y del Xivero, o la playa de La Renegà nos conducen por uno de los tramos mejor conservados del litoral valenciano.

Las torres vigías de la Colomera y la Corda, sobre sendos acantilados calizos, han visto arribar desde temibles embarcaciones piratas en la edad media hasta, mucho más recientemente, cargamentos de tabaco de estraperlo. Entre medias, múltiples accesos a una llanura arenosa densamente poblada de pinares mediterráneos repletos de biodiversidad vegetal que dan paso a las más inesperadas calas y roquedos de multicolores conglomerados.

En estos paraísos escondidos Berlanga filmó algunos de los momentos más divertidos y entrañables de *Novio a la vista*, con esa escena en la que el padre de Enrique lleva a todos los niños del hotel a una alocada excursión náutica por las calas próximas. Desde las enardecidas proclamas del padre de Enrique, un tanto fuera de sí por una severa insolación, hasta la escena en la que uno de los amigos del protagonista

queda, literalmente, clavado de cabeza en la arena por un fallo de cálculo al lanzarse desde un acantilado, Berlanga se permitió en estas escenas rendir tributo a la comedia de René Clair o al *slapstick* (comedia clásica de “golpe y porrazo”) de Buster Keaton.

El director también encontró en estos bucólicos parajes el escenario ideal para comenzar a perfilar el idilio amoroso de la pareja protagonista: alejados del ruidoso chapoteo de sus compañeros (se puede ver el barco en el fondo del plano), Enrique y Loli coquetean inocentemente frente a un paisaje incomparable.

■ El antiguo chalet de Berlanga

Pocos metros tras sortear el largo túnel del Bovalar por el sendero de los acantilados, o bien tras recorrerlo por su interior, nos encontraremos en un mirador sobre el Puerto Deportivo de Oropesa del Mar, que, inaugurado en 1992, con más de 700 amarres, es uno de los más grandes y mejor equipados de la costa valenciana. Esta instalación, sin embargo, supuso para Luis García-Berlanga un auténtico quebradero de cabeza, ya que su construcción amenazaba seriamente el privilegiado chalé que poseía justo en la cala del Retor, que separa dicho puerto del promontorio donde se encuentra el yacimiento de la Edad del Bronce, ibero y musulmán conocido como “Orpesa la Vella”.

Vecinos de la localidad recuerdan a don Luis, a finales de los años 80 del siglo XX, sentado a las puertas del ayuntamiento con una pequeña mesa recogiendo firmas para presionar en contra de la construcción de tan turística instalación. No es de extrañar su indignación ya que, durante décadas, sin Ley de Costas alguna, la del Retor había sido la playa privada de la familia Berlanga. Como ejemplo de tan privilegiada situación tenemos lo que escribió el periodista Matías Vallés, residente estival en Oropesa del Mar durante los años 1960, en un artículo titulado *Nuestro vecino Berlanga*: “Para hacer honor a su cine, el salón de la vivienda

estaba construido sobre un paso pecuario (...) Mi padre tuvo que deshacer el entuerto burocrático”. Hoy se puede contemplar, desde la misma vía verde, la entrada al chalé y su peculiar ubicación envuelto de tupida vegetación, la cala a sus pies, y de paso disfrutar de los últimos arenales tranquilos antes de llegar a la concurrida playa de la Concha, en pleno casco urbano oropesano.

El primer día de filmación en la playa de *Novio a la vista*, Berlanga descubrió que todos los actores llevaban bañadores contemporáneos a los años 50 en los que se grabó la película, y el director tuvo que recordarle al productor que la historia transcurría a principios de siglo XX. Finalmente, Berlanga tuvo que conseguir bañadores entre amigos que vivían cerca de la zona para poder grabar la escena.





PEÑÍSCOLA Y EL PARQUE NATURAL DE LA SIERRA DE IRTA



Peñíscola, la griega Kersonesos, la Paene insula latina, la Ciudad en el Mar, la tercera ciudad papal después de Roma y Aviñón, es, en sí misma, además de una joya histórica y arquitectónica, un verdadero plató de cine. Desde 1913 con los primeros rollos de cine mudo, más de 22 películas han sido filmadas en este municipio turístico castellonense.



■ El Parque Natural de la Sierra de Irta

La mejor forma de conocer la Peñíscola de Berlanga será empezando desde su joya natural: el litoral virgen de la Sierra de Irta. Se trata del último ecosistema costero mediterráneo totalmente ininterrumpido, algo difícil de encontrar hoy. La torre Badum, fortín permanente contra el corsario berberisco sobre un gigantesco acantilado a escasos 7 km al sur del castillo del Papa Luna, puede ser el punto de inicio. Las vistas tanto hacia el sur -el Mediterráneo como lo fue en tiempos del rodaje de Calabuch, a mitad del s. XX- como hacia el norte -la otrora inexpugnable Peñíscola en medio del Gran Azul- no pueden describirse con palabras.

Recorremos tranquilamente, mucho mejor a pedales, la costa escarpada de Irta por el camino del Pebret que apunta, casi en todo momento, a la ciudad que fue sede templaria en el medievo.

■ Playa de Las Viudas

Llegamos al poco tiempo a la playa de Las Viudas. Con su característica y prominente roca en medio de la arena, casi adosada a la famosa playa Sur, debió marcar especialmente a Berlanga, pues la utilizó en *Calabuch* para presentar al científico atómico y protagonista de la película, Jorge Serra Hamilton (Edmund Gwenn) y, de nuevo, en *París-Tombuctú* para representar la que, seguramente, sea la escena más famosa de la película, con los personajes interpretados por Michel Piccoli y Juan Diego atisbando las generosas posaderas de una vecina del pueblo.

Como curiosidad, ambas películas comparten no solo localización, sino también localidad imaginaria: el pueblo mediterráneo al que llega el personaje de Michel Piccoli, en busca de una idílica Tombuctú, también recibe el nombre de "Calabuch", como el pueblo de la película homónima filmada cuatro décadas antes.



Torre Badum, Sierra de Irta. Peñíscola

■ La playa Sur y el puerto

La playa Sur y el puerto de Peñíscola, hoy muy cambiados con respecto al año 1957, son escenario habitual durante toda la trama del film *Calabuch*. Luis García-Berlanga eligió esta zona por lo apacible de sus aguas y por su luz, buena para rodar durante todo el día. En la actualidad gran número de embarcaciones utilizan esta playa para fondear en ella.

En el largo espigón de la punta del Mabre se filmó una de las escenas predilectas de Berlanga en *Calabuch*: en el pueblo se celebra una boda y los novios, tras la ceremonia, van hasta la playa donde les espera una barquita (en la que el bueno de Vicente, interpretado por Manuel Alexandre, lleva varios días pintando la palabra “ESPERANZA”) con la que navegarán las tranquilas aguas del

Mediterráneo para celebrar su enlace. Los novios recorren todo el espigón ante la atenta mirada de todo el pueblo y, ya en el final, son recogidos por la embarcación. Toda esta escena es un claro homenaje al inicio de la película *L'Atalante* (1934), de Jean Vigo (una de las obras maestras de la Historia del cine), en la que unos jóvenes recién casados pasan su luna de miel navegando por los ríos de París.

En el puerto y en su ya desaparecido arenal, José Luis Ozores interpreta a un torero que va de pueblo en pueblo con su camión. Este año, trae a un toro hijo del toro del año pasado que, ante el asombro de los aficionados, es igual de famélico que su padre por la gran cantidad de actuaciones en las que participa.

■ Murallas y Portal de Sant Pere

En *Calabuch* se aprecia todo el entorno del Portal de Sant Pere en 1957. Berlanga no construyó ningún decorado: respetó la ciudad tal cual era en la época. El hoy famoso portal del siglo XV fue construido durante los años en los que Pedro de Luna, el papa Benedicto XIII, vivía en la fortaleza peñíscolana, cuando las aguas llegaban al pie de la muralla y las barcas varaban en la misma rampa al pie del portal. En la dovela central se puede observar el escudo de los Luna tallado por Filibert Bertalla.

En *Calabuch* hay una de las irreverencias favoritas del director: el cura bendice la barca con agua bendita, que cae justo sobre su nombre recién pintado, “Esperanza”, borrándolo casi por completo.

■ El Bufador

La del portal del Papa Luna será una entrada apoteósica en el casco antiguo de Peñíscola. Iremos ascendiendo mientras, sobre el paseo de ronda de las vetustas murallas y asomándonos entre torreones, reconoceremos entre mar y tierra los paisajes de tantas obras cinematográficas y televisivas filmadas en la ciudad. Pasaremos por El Bufador, túnel naturalmente erosionado en la caliza que conecta las empedradas calles con el mar, y que proyecta al cielo agua salada cual géiser durante los fuertes temporales marítimos. ¡No se entiende cómo esta loca atracción natural -de claras connotaciones sexuales si la vemos desde los ojos de un erotómano como Don Luis- no ha tenido mayor presencia en las películas de Berlanga!

■ Museo del Mar

Llegamos enseguida, entre animadas terrazas, al Baluarte del Príncipe. Aquí encontramos el Museo del Mar, que ayuda a conservar y difundir la milenaria tradición marinera de Peñíscola. En su interior podremos encontrar objetos arqueológicos de origen marino,

Berlanga siempre dijo que, pese a ser guiones que no estaban escritos por él, tanto *Novio a la vista* como *Calabuch* son dos de sus trabajos más personales en cuanto a vivencias propias plasmadas en una película.

maquetas de embarcaciones, artes de pesca y un pequeño acuario.

El edificio se usó como escenario de la escuela del pueblo ficticio de Calabuch. En aquel momento era realmente una escuela femenina conocida como “Casa de Les Costures”. En su filmografía más temprana, Berlanga presta mucha atención a los niños y el entorno escolar. En una escena de la película, el genio atómico Hamilton se asoma a la ventana de la escuela mientras se imparte una clase y bromea con los niños, usando su mismo código: burlas, muecas, etc. Aunque Berlanga confesó que no se entendía con los



niños (“Ignoré a mis hijos hasta que pude hablar con ellos”) y que le producía rechazo la vejez, anciano y niños parecen compartir un lenguaje común, una perspectiva gozosa y desenfadada de la vida.

La otra figura necesaria para completar la escena de la escuela, y elemento que se repite en la filmografía berlanguiana, es la maestra de *Calabuch*, interpretada por la actriz Valentina Cortese, personaje con mayor carga melodramática que la profesora vista en *¡Bienvenido, Mister Marshall!*. Y es que *Calabuch* fue una película de encargo que le llegó ya escrita a Berlanga: los diálogos entre el genio atómico y la profesora, con un aire a cine clásico norteamericano, eran obra de Ennio Flaiano (guionista de Antonioni o Fellini) y por ello parecen carecer de la acidez propia del director valenciano.

■ El Faro

Llegar al Faro de Peñíscola es haber atravesado calles, callejas y plazas, pasado por la Casa de las Conchas, haber subido rampas y escaleras, y encontrarse, además de a los pies del castillo musulmán, templario y papal, en uno de los más espectaculares miradores del Mediterráneo castellonense. Berlanga reservó para el papel del farero de *Calabuch* al gran Pepe Isbert. Director y actor coincidieron por primer vez en *¡Bienvenido, Mister Marshall!* donde, tanto Isbert como el resto del equipo, le hicieron la puñeta todo

lo que pudieron por ser un director casi primerizo. Berlanga, sin embargo, contó en muchas más ocasiones con Isbert y el intérprete elogió sobremedida el trabajo realizado por el director. En *Calabuch*, Pepe interpreta a Don Ramón, el farero del pueblo que se pasa toda la película jugando una partida de ajedrez a distancia con el párroco que, todo sea dicho, no para de hacer trampas (ambos jugadores se comunican telefónicamente, conectados gracias a la centralita que lleva diligentemente... ¡la taberna del pueblo!). Don Ramón será el que dé la alarma cuando vea aparecer por el horizonte la armada naval americana que viene a llevarse a su más ilustre genio atómico.

También tiene el faro de Peñíscola un pequeño papel en *París-Tombuctú*. Berlanga tuvo la genial idea de filmar una discusión entre un par de divorciados, la alcaldesa de *Calabuch* y el empresario Vicente de “Sanitarios Bermejo” (un guiño al Artemio Bermejo, dueño de la misma empresa, interpretado por el gran Saza en *Todos a la cárcel*), ubicándola a ella en el castillo del Papa Luna, y a él, en el faro: una discusión a gritos y contra viento y marea.

■ Castillo del Papa Luna

Justo al inicio del film *Calabuch*, Berlanga ya nos hace un “recorrido turístico” por el pueblo para conocer sus gentes y sus



La playa sur en *Calabuch* (1956)

Calabuch (1956)



enclaves predilectos, y le presta especial atención a la impresionante fortaleza de origen ancestral, que corona el inexpugnable tómbolo calcáreo peñiscolano. Pedro Martínez de Luna, Benedicto XIII bajo obediencia de Aviñón, convirtió el castillo en su sede pontificia en el largo litigio sobre su legitimidad (el Gran Cisma de Occidente, 1378-1417), convirtiendo a Peñíscola en la tercera sede papal del mundo.

Berlanga usa la fortaleza para retratar, por contraste, la benevolencia y sencillez de las gentes del pueblo de Calabuch: en lo que antiguamente eran nobles salones, podemos ver a niños jugando a la comba, y los cañones que antaño defendían la fortaleza, sirven en el filme como amarre para las barcas, para tender la ropa o, incluso, para que un niño que no puede aguantarse hasta llegar a casa alivie su vejiga. También utiliza Berlanga este escenario para presentar otra de sus estampas folclóricas preferidas, clásicas del cine berlanguiano: una procesión religiosa.

En *París-Tombuctú*, Berlanga utiliza el castillo del Papa Luna como epicentro de otro de sus ritos típicamente berlanguianos: la preparación de una paella monumental. Este desternillante evento, que incluye disparatados elementos como un párroco homicida (un Santiago Segura especialmente sembrado), un intento frustrado de bendición de la paella y un despelote integral de una sueca alborotada (interpretada por una jovencísima Sophie Evans), finaliza con una

imagen lastimera y un tanto descorazonadora, propia de ese Berlanga ya crepuscular: mientras la plaza se vacía, un perro callejero se ha subido a la paella y devora las sobras afanosamente.

■ La plaza de Armas y la Virgen de la Ermitana

Tanto en *Calabuch* como en *París-Tombuctú*, la plaza de Armas y la barroca ermita dedicada a la virgen de la Ermitana (1714), con las monumentales escaleras de piedra entre medias, son localizaciones principales en las que se congrega el pueblo para celebrar ritos católicos o paganos. Desde la procesión religiosa de *Calabuch*, pasando por el espectáculo pirotécnico de la misma película (las autoridades locales observan los fuegos desde la plaza), hasta la accidentada celebración de cambio de milenio en *París-Tombuctú*, la plaza de Armas es, en el Calabuch berlanguiano, el epicentro de la vida social y cultural del pueblo. Esta plaza también encierra en *París-Tombuctú* un ciclo de “nacimiento y muerte” del cirujano protagonista interpretado por Michel Piccoli: es en la farmacia de Trini y Encarna (Concha Velasco y Amparo Soler Leal), ubicada en la plaza, donde las dos hermanas limpian al recién llegado al pueblo con la ternura que bañarían a un recién nacido. Este acto simboliza el renacimiento de Michel a esa



Javier Gurruchaga en *París-Tombuctú* (1999)

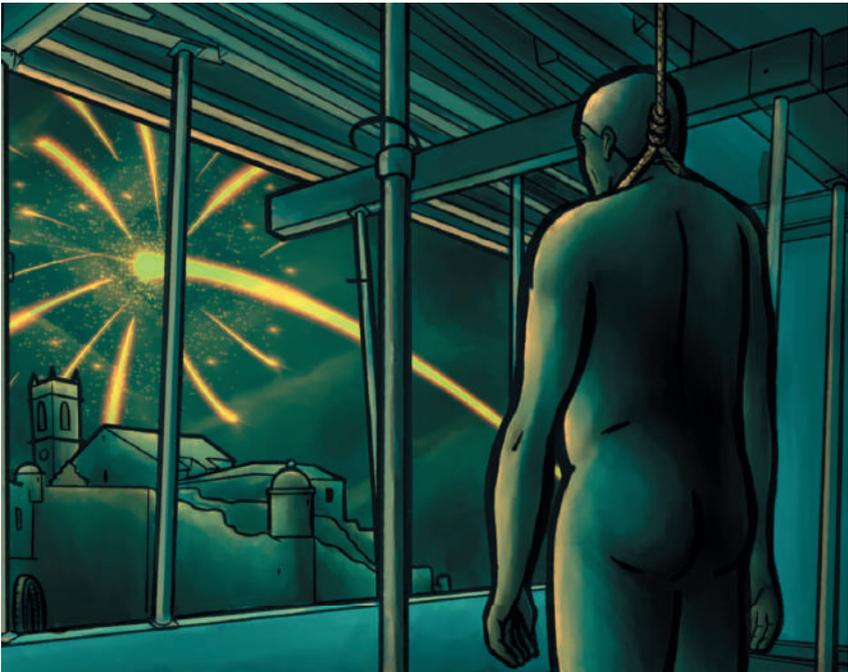


Peñíscola

delirante y gozosa realidad que es el pueblo de Calabuch. Pero ese ciclo vital se cierra con una escena a la par funesta y desternillante, con Michel ahorcado en el taller de su amigo Boronat y ese “chupinazo” que sale del -ya no tan impotente- pene del protagonista.

El interior del templo fortificado de la Ermitana, patrona de Peñíscola y a quien dedican los locales sus principales fiestas -danzantes y torres humanas incluidas-, también se usó como localización para *Calabuch* en la celebración de la boda. En esta escena, el profesor Jorge Hamilton se ofrece a tocar el órgano de la iglesia

durante la ceremonia pero, en un momento de despiste, interrumpe la homilía tocando “Oh Susana”. Esta escena está basada en una anécdota real que le ocurrió al director de niño: en el colegio de jesuitas donde estudió, tocaba el órgano de la iglesia un joven que, por las noches, era pianista en un



■ Playa Norte

Quizás la mejor manera de despedirse de Peñíscola sea experimentando una de sus más bellas postales, desde la playa septentrional, donde Jorge Hamilton, el genio atómico, se despidió de todo el pueblo de Calabuch para volver a su infeliz vida en Estados Unidos. Hamilton se marcha, eso sí, convertido en otra persona: Calabuch y sus gentes le han enseñado otra manera de entender y disfrutar la vida, sin ajetreos y sin preocupaciones banales. Para Hamilton, Calabuch es un paraíso en la tierra, y nos gusta pensar que nuestra Peñíscola se ha empapado un poco de esa magia de *Calabuch*.

La película termina con el genio atómico sobrevolando el pueblo en helicóptero, despidiéndose de los 928 nuevos amigos que ha hecho. Estos planos aéreos también tienen su miga: ante la imposibilidad de conseguir un helicóptero para grabar estas tomas, el productor consiguió que el ejército les prestara un Junkers para la filmación. El piloto no quería volar tan bajo como le pedía el director y al final, cansado de tanta insistencia, dijo que “por sus pelotas iba a rozar los tejados”. Berlanga lo dijo sin rodeos: “No nos matamos de milagro”.



LES COVES DE VINROMÀ

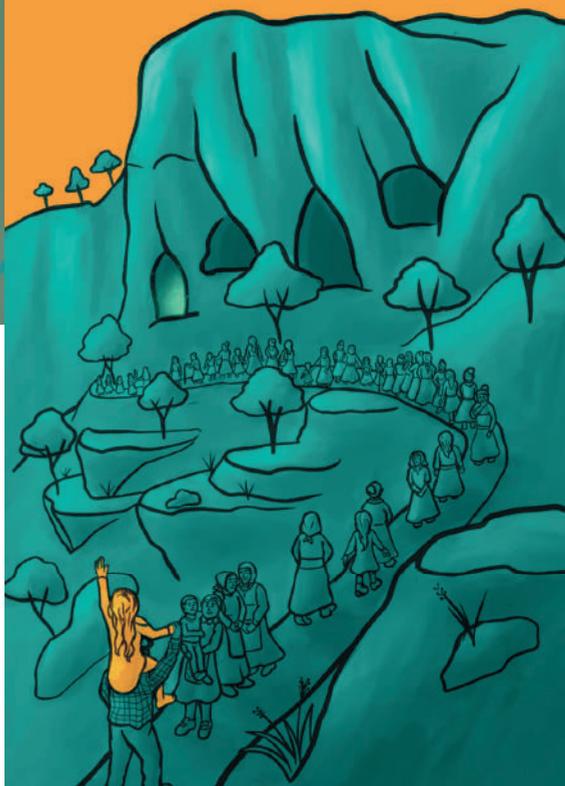


1. Ayuntamiento
2. El Portalet
3. Casa de los Templarios
4. Iglesia nueva
5. Iglesia antigua
6. Paraje de la Morería
7. Cueva del Milagro

El milagro de Les Coves de Vinromà

Un pueblito de Castellón. 1947. Plena posguerra. Hambre, fe y necesidad extrema de milagros que aliviaran las graves carencias de la población. Raquel Roca, una niña de apenas 8 años, aseguró haber visto a la Virgen María en una cueva del paraje de la Morería, conocida como Cova de la Campana, desde entonces Cova del Miracle. Su padre, Emilio, aunque no creyente, acompañaba a su hija todos los días al lugar.

Las supuestas apariciones enseguida se propagaron por toda la región, produciéndose masivas migraciones sobre todo alrededor del 1 de diciembre, cuando la niña decía que volvería a aparecerse la Madre de Dios y ocurrirían milagros. Tanto necesitados como curiosos de todas las edades, quizá unos 350.000 según fuentes de la época, peregrinaron sobre ruedas, animales o a pie hasta el lugar.



Nada sucedió. Hay quien opina que todo habría sido fruto de una malinterpretación por parte de Raquel, fomentada por su madre y exacerbada por la pasión mística de aquel entonces. Hasta aquí los hechos. A partir de aquí, Berlanga.

Parece que la historia sirvió de inspiración a nuestro mítico director de cine en *Los jueves, milagro*, de 1957, rodada en Aragón. A Berlanga le llegó la noticia por su madre y su tía, beatas a más no poder. Dicho filme estaba ambientado en un pueblo cuyos habitantes planean organizar apariciones santas para incrementar la afluencia de turistas.

■ Un paseo por el pueblo

Les Coves de Vinromà conserva vestigios de, prácticamente, todos los grupos humanos que han habitado su término municipal. El callejero nos sorprenderá con casas señoriales, iglesias, antiguos

portales (como El Portalet) y restos de murallas: defensas de un castillo medieval fagocitado por los vecinos al construir sus casas adosadas a él. Incluso nos toparemos con una casa fortificada que perteneció a la Orden del Temple, amos y señores de la región hasta el siglo XIV.

Ya lejos del asfalto, en el barranco de la Valltorta, epicentro del Arte Rupestre del Arco Mediterráneo (Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO desde 1998), podremos visitar con un guía habilitado (previa cita llamando al Museo de la Valltorta) el abrigo de La Saltadora, una de las pinturas más famosas. En la cima del paraje de la Morería, recorreremos restos de construcciones defensivas prehistóricas y, al abrigo de su vertiente umbría, encontraremos los refugios donde los musulmanes instalaron algunos de sus hogares a partir de la conquista cristiana del siglo XIII.

Río de les Coves



■ Un escenario milagroso

Recorriendo por el sendero habilitado dicho paraje de la Morería, hoy declarado Microrreserva de Flora por la singularidad de la vegetación que en él medra, podemos abrir una ventana al pasado e inmiscuirnos en la historia que inspiró la obra del director valenciano, no solo arribando hasta la Cova del Miracle y vislumbrando a Raquel Roca cayendo rendida a los pies de una supuesta Virgen María, sino también asomándonos para contemplar el cauce del río de Les Coves e imaginándolo lleno, de orilla a orilla, no de agua sino de decenas de miles de fieles deseosos de que un ser sobrenatural iluminara sus caminos en tan oscuros días de posguerra. Según las autoridades de la época, el auténtico milagro fue que ninguna desgracia ocurriera en aquel sobrenatural mes de diciembre.

En la película de Berlanga no es la Virgen la que se aparece al “inocente” del pueblo (de nuevo un inmenso Manuel Alexandre), sino San Dimas, el santo ladrón arrepentido. Por supuesto, todo es una farsa montada por los mandamases de la localidad para atraer turismo al balneario del pueblo y tratar así de revitalizar una economía en horas bajas. El embuste da resultado y la muchedumbre se agolpa en el balneario para beber, bañarse o ser ungido con esas aguas milagrosas, tal cual seguramente ocurrió en Les Coves cuando

cientos de creyentes visitaban en su casa a la inocente Raquel para que, quién sabe, obrase algún milagro.

■ Con la iglesia hemos topado

Los jueves, milagro fue para muchos críticos de la época un título enmarcado directamente en el género de “cine religioso”, aunque probablemente beba más del cine de Frank Capra (su aire a *Qué bello es vivir* es incuestionable) que de películas de la tradición de *Marcelino, pan y vino* (1954). Aún así, se consideró oportuno que la iglesia “revisara” el trabajo de Berlanga.

El “enviado” de la Iglesia, el padre Garau, no solo ejerció de censor en la película, sino que escribió páginas enteras con las “bienaventuranzas” de San Dimas para que fueran incluidas en la película. Ante un cada vez más desquiciado Berlanga, el padre Garau respondió: “¿Usted creerá que yo soy un hombre anticuado, verdad? Ha de saber que yo siempre he sido un hombre de ideas avanzadas...”, rematando con un “Aquí donde me ve, señor Berlanga, ¡yo he sido el primer cura español que se puso un reloj de pulsera!”.





Años después de rodar *Los jueves, Milagro*, Berlanga visitaría Les Coves de Vinromà durante el rodaje de *París-Tombuctú*, filmando en el kilómetro 6 de la carretera de Alcalà de Xivert a Les Coves las primeras tomas de la que fue su última película.

Jijona

La localidad alicantina de Jijona es turrón y fiesta. Y no hay fiestas más jijonencas que las de Moros y Cristianos. Por lo tanto, Luis García-Berlanga convierte la Sexona musulmana en el espíritu de su comedia de 1987 *Moros y Cristianos*.

Aunque la mayoría de la película se filma y ocurre en Madrid, se propone a continuación un recorrido por la Jijona más turroneña que cautivó a un Berlanga que, no lo olvidemos, había nacido y crecido al calor de la pastelería de su familia.

■ UNA RUTA CON AROMA A MIEL Y ALMENDRA

Podríamos empezar por todo lo alto, por el castillo medieval almohade (s. XII) con su famosa Torre Grossa, recientemente reconstruido tras siglos de abandono. No en vano, el origen ancestral del turrón, elaborado básicamente con almendra y miel, debemos situarlo probablemente en la Antigüedad de la península Arábiga. Con la expansión del Islam, fue llegando a Europa. Rindamos homenaje a tan gloriosa (y golosa) cultura con un paseo por sus amplísimas ruinas fortificadas musulmanas.



1. Castillo de la Torre Grossa
2. Iglesia de Santa María
3. Mural Fábricas de Turrón
4. Horno del Raval
5. Antigua fábrica de La Jijonca
6. Fábrica de turrónes Primitivo Rovira
7. Mural Av. Constitución 1913
8. Museo del Turrón

Descenderemos hacia la villa medieval cristiana y recorreremos sus sinuosas callejas, buscando la iglesia vieja, la de Santa María (s. XIII), en la plaza Nova, de transición al gótico valenciano. Entre cuestras y plazuelas, descubriremos



Fiesta de Moros y Cristianos. Jijona



Horno del Raval y murales de Jijona

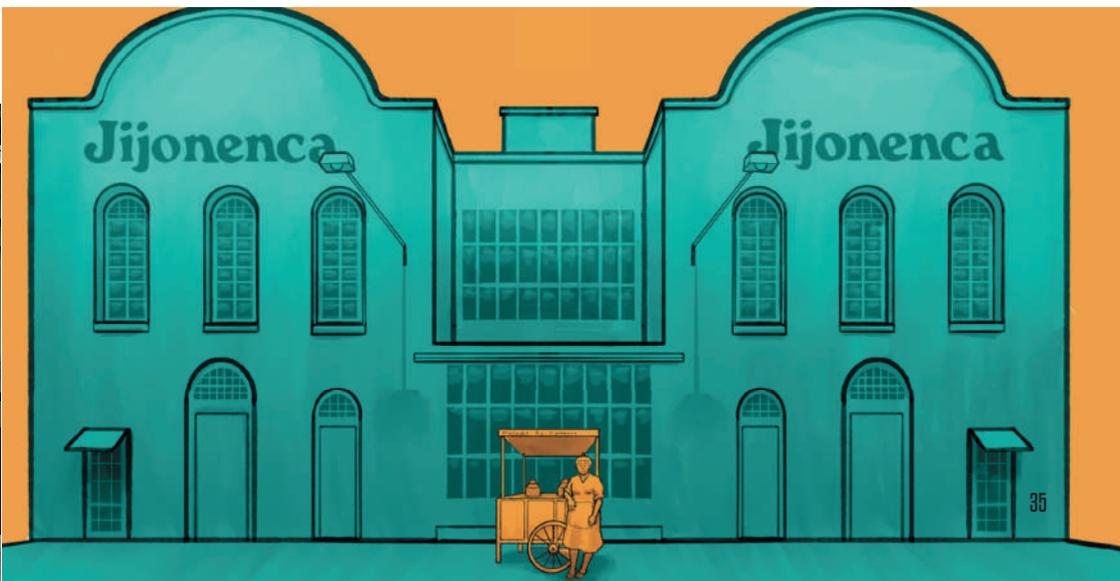


diferentes murales de arte urbano pintados en el casco antiguo. Unos de los más populares los encontraremos en la calle Sant Antoni, versando sobre el mundo del turrón, o en la Placeta de la Presó, muy cerca del ayuntamiento y de la iglesia de la Asunción.

Con el olor a miel y almendra que, dicen, impregna la villa, podemos visitar su antiquísimo horno moruno, en funcionamiento desde hace, al menos, 500 años. El del Raval se dice que es uno de los más antiguos y una verdadera joya arquitectónica. Funciona a pleno rendimiento y es famoso en la elaboración de pastas típicas jijonencas.

Aunque hoy inaccesible y abandonada, un punto primordial en nuestro recorrido es la histórica fábrica de turrónes de La

Jijonenca (1926), detrás del convento de los Franciscanos, que abre y cierra la película *Moros y cristianos*. El primer plano de la película nos muestra el líquido primordial del que surge la fortuna de los Planchadell y Calabuig, pero también sus futuras ruinas: la pasta de turrón. Mientras el patriarca de la familia, interpretado por Fernando Fernán Gómez, da el visto bueno a la laboriosa preparación del turrón que es la base del negocio familiar, sus hijos se preparan para ir a Madrid para expandir la marca. Tras mil desventuras, en un desenlace ya prototípico del cine berlanguiano, toda la familia volverá al punto de partida para encontrarse peor que como habían empezado. Tras varios amagos de infarto, uno de los cuales le sobreviene al escuchar a un publicista (José Luis López Vázquez, ¡con coleta!) sugerir que para abaratar costes en la producción del turrón





debería ponerse “menos almendra y más patata”, el patriarca acaba cumpliendo su amenaza y fallece de un ataque al ver una esperpéntica valla publicitaria ideada por el publicista y sus hijos. Es ahí, al final de la película, cuando volvemos a la misma sala de la antigua fábrica en la que iniciamos este viaje para encontrar a Fernán Gómez, ataviado con el traje tradicional de cristiano, empotrado en un ataúd un par de tallas más pequeño de lo debido. Aquí Berlanga cierra el círculo y, de paso, retrata la desafortada pasión que los jijonencos tienen por sus fiestas locales: el que es de una cofradía muere siendo de esa cofradía.



Nuestro recorrido puede proseguir por los locales que producen los preciados dulces. En la céntrica avenida de la Constitución, conocida popularmente como La Plaça, encontramos varios de ellos, como la pequeña fábrica de Primitivo Rovira. Si tenemos ganas de profundizar, podemos salir por la calle del Vall y la avenida Joan Fuster, hacia la carretera de Sant Joan, entre múltiples fábricas reposteras. Llegaremos al Museo del Turrón, perteneciente a la compañía Almendra y Miel, cuya historia se remonta a 1725.

■ FIESTAS DIGNAS DE PELÍCULA

Jijona es un caso único ya que se conmemoran dos fiestas de Moros y Cristianos: las patronales en agosto, y las “de los heladeros” que, desde los años 1970, tienen lugar en octubre porque en época estival el gremio se encuentra trabajando y, evidentemente, no pueden dejar de celebrar tan arraigada fiesta.

La trilogía festera de los Moros y Cristianos de Jijona está documentada

desde mediados del s.XVIII. El acto más emblemático, propio de esta población, es el “Juicio Sumarísimo del Moro Traidor”. En él, se juzga, fusila y entierra a Beny Beny Chimeti que, por enamorarse de una cristiana, vendió a sus hermanos al enemigo. El fiscal y el abogado defensor exponen sus motivos en un tono humorístico, introduciendo los principales hechos ocurridos en la ciudad durante el último año. En realidad, esta curiosa tradición de más de un siglo procede de un caso que bien podría haber inspirado a Luis García-Berlanga para el desarrollo de otra de sus comedias: la deslealtad de un festero,

miembro de los Groggs -moros- que pasó a desfilar con los Contrabandistas -cristianos- para deshonra de sus camaradas.

Aunque en la película la festividad solo se vea a través de un televisor, resulta fascinante e hipnótico ver esas “filaes” de hombres rudos que, puro en boca y cimitarra en mano, marchan por las calles con gracia sin igual. Si en el futuro será Concha Velasco la que lleve con orgullo las vestimentas tradicionales moras en *París-Tombuctú*, Berlanga nos regala en *Moros y cristianos* una estampa inolvidable: el mismísimo Joan Monleón como capitán



de las tropas moras. Como muy bien nos indica Pepe, uno de los hermanos (interpretado por Pedro Ruiz), “vienen hasta de Alcoy para verle”. Es difícil no recordar la entrada de la furgoneta en la capital española, con Monleón de capitán moro dando instrucciones: “¡Con el alfanje! ¡Crúzalo como en las fiestas!”.

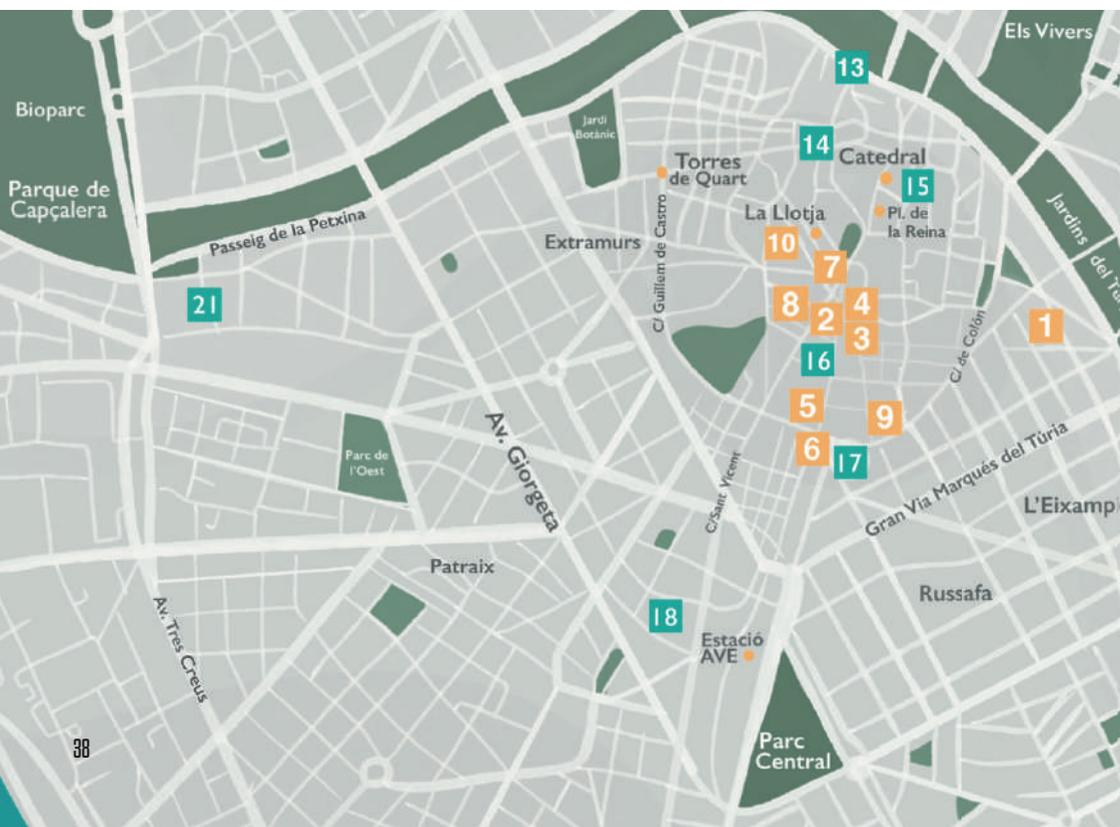
Años antes de *Moros y Cristianos*, Berlanga ya coqueteaba con la idea de hacer una película sobre esta festividad: “Es uno de los espectáculos mas chocantes, barrocos, ebrios y divertidos del mundo”.



València

UBICACIONES DE SU VIDA

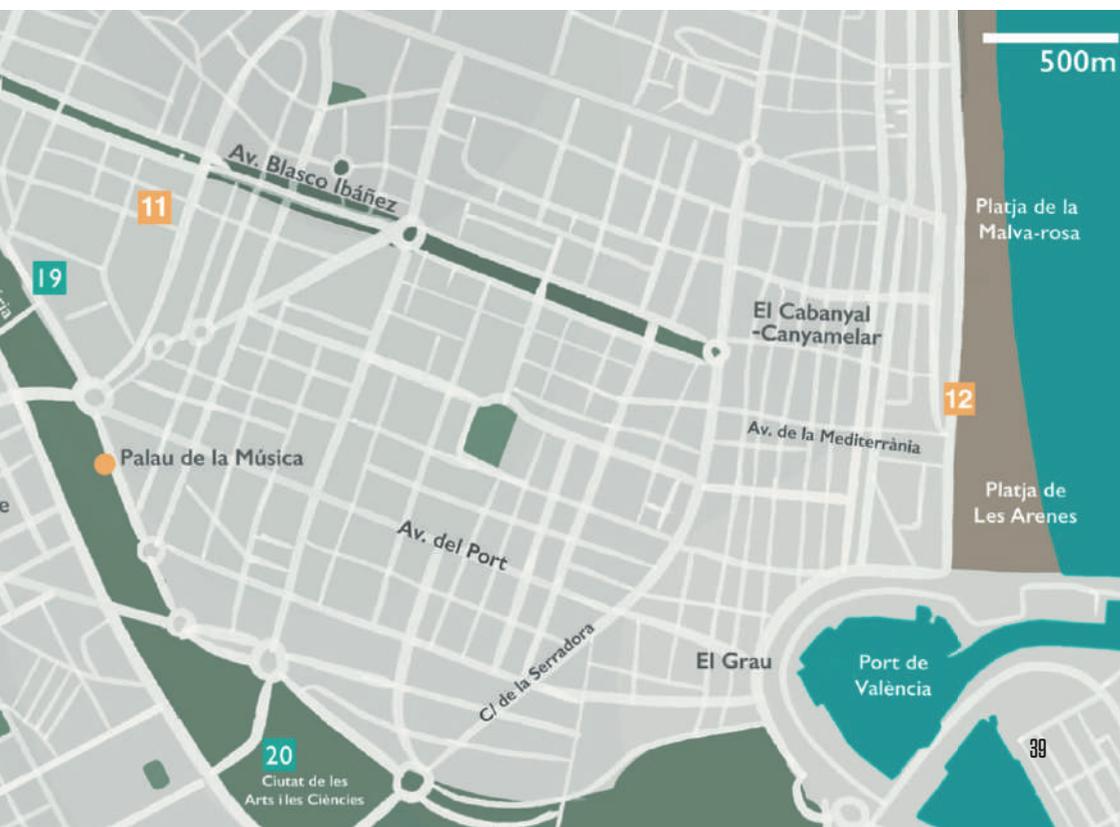
1. Lugar de nacimiento de Berlanga
2. Antigua ubicación Postre Martí
3. Teatro Rialto
4. Antiguo Hotel Londres
5. Instituto Luis Vives
6. Estación del Norte
7. Librería Anticuaria de Rafael Solaz
8. Teatro Olympia
9. Paseo de Rufaza
10. Mercado Central
11. Mestalla, estadio del València CF
12. Placa conmemorativa - Paseo de la Mostra





UBICACIONES DE RODAJES

- 13. Puente y torres de Serranos
- 14. Barrio de la Seu
- 15. Calle de la Barchilla-Catedral
- 16. Ayuntamiento
- 17. Plaza de Toros
- 18. Antigua Imprenta Vila
- 19. Museo Histórico Militar
- 20. Hemisfèric
- 21. Antigua cárcel Modelo





Torres de Serrans, València

València fue para Luis García-Berlanga Martí nacimiento, aprendizaje, diversión, libertad, desesperación y libertinaje. València incluso lo vio partir hacia dos guerras diferentes... ¡En dos bandos opuestos! València dio forma a su personalidad como director, su temperamento festivo y su manera de hacer, su “pensat i fet” más prolífico. Y València, sin duda, inspiró gran cantidad de escenas y escenarios de sus películas, ayudó a forjar sus personajes más berlanguianos, valga la redundancia, y le dio color y luz a sus sueños de erotómano empedernido y de riguroso anarquista fílmico.

■ La València de su vida

Una manera de empezar un recorrido por su València más personal sería visitando el precioso y burgués Ensanche, barrio del XIX y principios del XX donde nació Luis García- Berlanga Martí en 1921. Entonces se llamaba calle Císcar -hoy Conde de Salvatierra-, y fue en el número 13, esquina con Sorní, en una casa que hoy no existe y que recibió a familias enteras de Utiel: origen de los García-Berlanga y de la fortuna de la que gozaron.

Alrededor y dentro de la actual plaza del Ayuntamiento, ecléctico y monumental centro neurálgico de la vida valenciana, repleto de edificios de diferentes estilos a caballo entre final del XVIII y la actualidad, encontraremos varios lugares indispensables para entender la vida de los García-Berlanga y de su más ilustre descendiente.

Su familia materna era dueña de una de las pastelerías más frecuentadas por las gentes de bien de València: “Postre- Martí”. Por el mostrador desfilaron la flor y nata de la burguesía, figuras que, sin duda, inspiraron al futuro director de cine para retratar la decadencia de esos personajes de “alta cuna” que tanto le fascinaron.

Casi frente a donde estuvo la pastelería encontramos el Teatro Rialto, hoy también sede de la Filmoteca valenciana. En relación al origen de su cinefilia, el director destaca dos películas: la primera, *El hombre invisible* (1933), de James Whale. Para el pequeño Luis, un niño tímido y algo acomplejado, la idea de volverse invisible le resultaba de lo más atractiva (quién sabe si fantaseando con la posibilidad de ver sin ser visto). El otro título, la película cuya belleza le dejó sin palabras, fue *Quijote* (1933), de George W. Pabst. No cuesta imaginar a un adolescente totalmente cautivado en la oscuridad de una sala del Rialto, donde muy probablemente se proyectaron las dos películas.



Saliendo de la plaza por la calle San Vicente hacia el norte, encontramos, a mano izquierda, la calle San Fernando. En el número 7 hallaremos la librería anticuaria de Rafael Solaz, donde cuentan que Berlanga exploraba nuevos mundos entre numerosas joyas literarias. Ediciones originales, raras e inclasificables. Es fácil imaginar a nuestro director buscando inspiración entre las historias de la Historia.

Si hay un templo vivo y vibrante en esta ciudad, ese es, por excelencia, el modernista Mercado Central (1928), catedral del producto fresco. Inundado de luz, sabores y olores, en él podemos encontrar más de 250 puestos que García-Berlanga recorrió en innumerables ocasiones fundiéndose con el gentío local y los vendedores. Fueron estos, los comerciantes, los que le otorgaron al cineasta el Premio Cotorra, concedido anualmente a las personas que más hacen por València, y le dedicaron uno de sus ilustres pasillos. Hoy, Berlanga comparte callejero en el Central junto a personajes de la talla de Blasco Ibáñez, Sorolla, Benlliure o Vives.

Volviendo hacia el Ayuntamiento, en una curvada esquina de la calle Barcelonina se encuentra el edificio de lo que fue el Hotel Londres (1934-41), obra del notabilísimo arquitecto valenciano Javier Goerlich, originalmente nombrado Edificio Martí-Alegre, y antigua propiedad de la familia del director. Desde ahí veía toda la familia las explosivas “mascletas”, parte esencial de las Fallas que García-Berlanga empezó realmente a amar solo cuando vivió fuera de València. En el número 1 de la calle

Barcelonina se ha instalado una placa homenaje al director valenciano.

Disfrutando de magníficos edificios como el del propio Ayuntamiento (s. XVIII-XX) o, enfrente, el impactante Palacio de Correos y Telégrafos (1922), pasaremos por el Instituto Lluís Vives, uno de los centros públicos de enseñanza secundaria más antiguos y prestigiosos de la ciudad, donde el joven Luis cursó algunos años de estudios.

Podemos cruzar la calle de Xàtiva y deleitarnos con la modernista Estación del Norte (1917), un magnífico edificio que se encuentra en constante ajeteo. La obra de Demetrio Ribes, desde donde partieron innumerables convoyes de soldados desde su misma inauguración, nos recuerda el período militar del joven Berlanga el cual, como sabemos, se vio obligado a viajar a Rusia enrolándose en la División Azul.



El Rialto acogió la única obra teatral dirigida por Luis García-Berlanga, *Tres forasters de Madrid*, obra escrita en valenciano y castellano por Eduard Escalante en 1876.

Por San Vicente hacia el sur se pasa por el Teatro Olympia, del que don Luis era asiduo. También lo era del de Ruzafa o de los ya desaparecidos Eslava o Alkazar, tanto para la programación de postín como para el cabaret erótico de Rosita Amores en los años 1960, una época en la que València recuperaba el pulso y transmitía sus vibraciones al ya afamado director.



Teatro Rialto

En intenso contraste de estilo y función, encontraremos la monumental Plaza de Toros casi cogida de la mano de la estación. El imponente edificio dórico de mitad del s. XIX recuerda las numerosas reinterpretaciones simbólicas del toro que el cineasta plasmó en diversas películas desde sus inicios como director.

Podemos parar a descansar, tomar un vermú y picotear algo en las cafeterías de la calle de Ribera y el paseo de Ruzafa, donde don Luis solía tomar café mientras imaginaba escenas y pensaba futuros proyectos.

En la estación de metro de la calle Xàtiva nos embarcaremos en dirección al mar, parando antes en la avenida de Aragón para rendir un homenaje a la faceta futbolística de nuestro director. Allí encontraremos Mestalla, histórico estadio del València CF, equipo del que Berlanga fue acérrimo seguidor literalmente hasta el día de su muerte. Llegó a decir de sí mismo que “dentro del fútbol, sí que soy un patriótico valenciano”.

Volviendo al metro y apeándonos cerca del Grau, podremos subir a un tranvía que nos lleve hasta la playa del Cabanyal. Al lado mismo del monumento a otra figura de nuestro cine como fue el actor Antonio Ferrandis, encontraremos el inicio del Paseo de la Mostra de València, el auténtico *Walk of Fame* valenciano. La primera losa conmemorativa que hallaremos será, por supuesto, la dedicada a Luis García-Berlanga Martí. Y allí mismo, frente al mar que don Luis evocaba constantemente desde su casa lejos del Mediterráneo, acabará el paseo más berlanguiano posible por València.



■ La València de sus rodajes

La mini serie *Blasco Ibáñez, la novela de su vida* (1997) empieza con una toma en la que vemos las Torres de Serranos y el puente que las precede como podría haberse visto a finales del XIX: cubierto de tierra y con carromatos tirados por mulos. Mientras tanto, escuchamos la voz del autor invitándonos a entrar en la ciudad: “Detrás de esas torres está València, la ciudad en la que nació...”

En las callejuelas del barrio de la Seu, Berlanga retrató una de las facetas de Blasco Ibáñez menos conocida por el público: su época como miembro de la tuna en València. Es en esta localización donde se grabó el primer encuentro entre Blasco (Ramón Langa) y María (Mercè Pons), su primera esposa y madre de sus dos hijos.

En la Barchilla, callejón entre la catedral y el Palacio Arzobispal, podemos ver cómo Vicente Blasco Ibáñez y sus compañeros de juventud, frustrados por una intentona golpista que queda en nada, asaltan en plena madrugada la procesión del Rosario de la Aurora al grito de “¡Muerte al clero!”. La escena da un giro de 180 grados cuando los feligreses, ignorando aquello de “poner la otra mejilla”, se lían a guantazos con los asaltantes. Todo acaba como el susodicho rosario.

Dentro del edificio del Ayuntamiento, en el Salón de Cristal, visitaremos el Montecarlo imaginado por Berlanga, en el que Blasco Ibáñez se codeaba con estrellas de cine mientras se filmaba una adaptación de su novela “Los enemigos de las mujeres”.

La Plaza de Toros es otro lugar de filmación berlanguiana. Las corridas de toros siempre



Dos escenas de
Todos a la cárcel (1993)



han formado parte del imaginario del director, hasta el punto de que se permite, en boca de Concha Velasco en *París-Tombuctú*, un comentario sardónico al respecto: “En España a todo el mundo le gustan los toros, menos a cuatro mentecatos”. Pero tuvo que esperar a *Blasco Ibáñez* para filmar en el coso de su ciudad natal. Allí imaginó Berlanga una delirante escena que incluía en un globo aerostático a Blasco Ibáñez, al torero Emilio Torres “Bombita” y a un fakir.

No lejos de la Plaza de Toros, dentro de una isla de edificios en barrio de Arrancapins, encontramos la antiquísima Imprenta Vila, donde se recreó la imprenta del periódico

liberal “El Pueblo”, dirigido por Blasco hasta su violento cierre por parte de las fuerzas de la autoridad, y que llevó al escritor al exilio.

Recorriendo el antiguo cauce del Turia, uno de los parques urbanos más largos del mundo, llegamos a dos lugares clave en sus últimas películas.

■ La cárcel Modelo

En 1993 Berlanga usó la cárcel Modelo (aunque conserva una celda original, en la actualidad, la prisión es una gran sede administrativa) como escenario de una rocambolesca comedia en la que políticos, empresarios, mafiosos y presidiarios pernoctan juntos en la cárcel para un acto benéfico.

Todos a la cárcel fue un filme adelantado a su tiempo y de título premonitorio, vaticinando toda la corruptela política que estaba por estallar en la moderna España. Ya deliberadamente, Berlanga vestía a los peores criminales de su película no con el clásico traje a rayas, sino con traje y corbata.



Estación del Norte. Valencia.

La película reconstruye una de esas vivencias del director que bien se dirían totalmente imposibles: en una escena, un ministro saluda a un subsecretario con gran simpatía, diciéndole que justo hoy ha firmado algo para él. Al no recordar de qué documento se trataba, se lo pregunta a su ayudante, el cual, solícito, responde: “su cese”. Por inverosímil que parezca, esta situación exacta le ocurrió al director con Javier Solana y Pilar Miró en el papel de ministro y ayudante, respectivamente. Era su cese como director de la Filmoteca Nacional.

Si *París-Tombuctú* fue una despedida por parte del cineasta más bien melancólica (y definitiva), en *Todos a la cárcel* parece querer irse por la puerta grande y dedicándonos una peineta. Artemio Bermejo, de “Sanitarios Bermejo” (un Sazatornil con claros ecos de aquel empresario catalán de *La escopeta nacional*), tras ser mangoneado por políticos, banqueros, mafiosos e, incluso, su propia familia, no puede más que proclamar a los cuatro vientos: “¿Sabéis lo que os digo? Que se vaya todo al carajo.

Convertida a día de hoy en sede administrativa de diversas *consellerias*, la Modelo, escenario de *Todos a la cárcel*, fue la prisión en la que estuvo encerrado José García-Berlanga, padre del director, durante la posguerra.

La empresa, la familia y el país entero. ¡Y la carterá! ¡Que os den morcilla!”. Poco después lo vemos en el interior de la cárcel, bailando al ritmo de una banda de música que toca *La manta al coll* y cerrando el acto con una sonora pedorra. Claro ejemplo de la actitud irreverente del maestro Berlanga.

Mercado Central. València.





Ciutat de les Arts i Les Ciències, València

El Museo de Historia Militar de València contiene, entre cientos de piezas, una muy especial. El carro de combate T26-B, de fabricación soviética, participó en la Guerra Civil española, aunque ya en su jubilación desarrolló una pasión oculta: la actuación. Y es que apareció en la aclamada obra berlanguiana *La Vaquilla* (1985).

■ L'Hemisfèric

Por último, fue *París-Tombuctú* la película en la que Berlanga retrató L'Hemisfèric de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, localización de moda a día de hoy para superproducciones de ciencia-ficción (*Westworld*, *Tomorrowland* o *Doctor Who*). Para Berlanga, en este espacio no hay cabida para robots, ni viajeros del tiempo, ni doctores alienígenas: el director valenciano reservó este espacio privilegiado para filmar una buena “mascletà” a espaldas del protagonista.

La vaquilla (1985)



UTIEL

■ Cuna de los García-Berlanga

La pérdida de Luis García-Berlanga conmovió a todo el país, pero en Utiel se sintió, quizá, más profundamente. Y es que García-Berlanga es un apellido sumamente importante en la historia utielana de los últimos 150 años.

Fidel García-Berlanga, el abuelo del célebre director, fue terrateniente local en el negocio del vino y alcalde liberal de Utiel a los 26 años, inaugurando el ferrocarril València-Utiel, importantísima unión para el desarrollo de la viticultura valenciana. Fue diputado provincial y presidente de la Diputación en 1894. Fue parlamentario español, destacando por su intervención en la reforma de la Ley de Alcoholes de 1908, que tuvo un impacto decisivo sobre el cultivo comarcal.

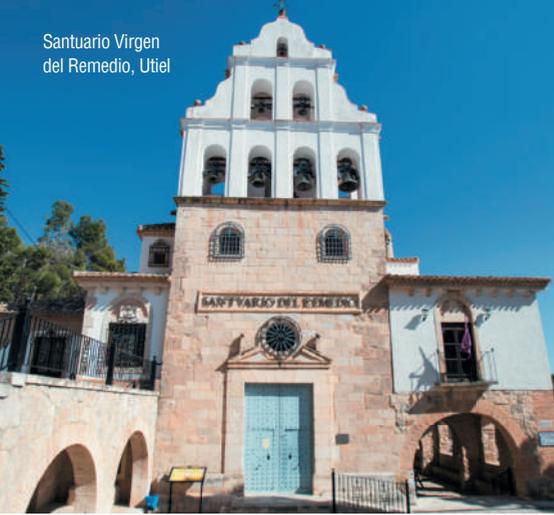
Su hijo José, padre del cineasta y el primero en juntar en uno solo los apellidos García y Berlanga, siguió los pasos del abuelo bajo colores liberales y republicanos. Condenado a muerte por el franquismo, su pena fue condonada por el alistamiento de su hijo Luis, nuestro director de cine, en la División Azul durante la II Guerra Mundial.

En Utiel pasó don Luis parte de su niñez -Utiel fue realmente el único contacto estrecho que tuvo con un ambiente rural, una inspiración que utilizó en muchas de sus más aplaudidas películas-, regresando muy a menudo a la casa familiar que conservaron durante décadas.

Aunque no como escenario de sus películas, Utiel fue objeto de múltiples guiños en la filmografía berlanguiana, a los motes locales y a su gente; a su equipo de fútbol (Berlanga cantaba una versión del himno de los años 1940 casi olvidada por todos, apareciendo una antigua alineación del equipo en una de sus películas) o a los toreros utielanos, como en la película *La Vaquilla*.

Para hacer un sencillo homenaje al director, a sus antepasados y a sus descendientes, que siguen muy relacionados con la villa de Utiel, podríamos bajar del tren en la gran estación decimonónica y, rememorando el enorme impulso que para la industria vinícola local supuso la unión con València por ferrocarril, visitar la contigua Bodega Redonda, actualmente sede de la D.O. Utiel-Requena y Museo del Vino de la Comunitat Valenciana, histórico edificio





que, a buen seguro, los García-Berlanga han frecuentado enormemente. Recorreremos las callejas de origen musulmán del centro histórico, los restos de murallas y puertas medievales, la descomunal iglesia tardogótica de la Asunción (s. XVI), comparable a una catedral, sin olvidar adentrarnos en la ciudad subterránea que suponen las innumerables y antiquísimas bodegas excavadas en el suelo de la villa, como la del Ayuntamiento (s. XIII).

Saliendo del núcleo antiguo nos podríamos dirigir a la calle que lleva el apellido familiar, C/ García-Berlanga, hasta toparnos con La Alameda, amplio y agradable paseo inaugurado en 1864

1. Estación de tren
2. Museo del Vino - sede de la D.O.Utiel-Requena
3. Centro histórico - bodegas subterráneas
4. Calle García-Berlanga
5. La Alameda

que puede perfectamente ser la imagen de la prosperidad vinícola moderna. En su central templete musical conocido como La Tómbola, a la sombra de los plátanos monumentales, descansaremos antes de adentrarnos en los infinitos paisajes de la uva bobal, cuna de una de las más célebres familias valencianas de todos los tiempos.



ALTEA

La estación de Altea sirvió como localización en *Blasco Ibáñez* para filmar una escena en la ficticia localidad de "Villamar". El escritor, ya de vuelta del exilio gracias a la inmunidad diplomática que le confiere su cargo como Diputado por Valencia, viaja de ciudad en ciudad en busca de votantes para su candidatura. En esta escena Berlanga presenta al protagonista con actitud canallesca, respondiendo a su afán de humanizar siempre a sus personajes, por muy "*bigger than life*" que estos sean: al aproximarse al pueblo, uno de los compañeros de Blasco se acerca a él para avisarle "Vicente, que ya estamos llegando", a lo que el escritor responde "¡Ah, venga! ¡Al vagón de tercera!", dando a entender que viaja con todas las comodidades pero se presenta al pueblo asomado desde el vagón



donde viajan las clases más humildes. Esto, acompañado de una escena en que Vicente, emulando la clásica estampa política, agarra a un bebé para besarlo y, como el tren sigue su marcha, no le da tiempo a devolverlo a su madre, constituyen una de las escenas más bufonescas de la serie.





ALICANTE

En la antigua estación de tren de la línea a Murcia, en Alicante, se filmó el intento de sabotaje por parte de Blasco y sus compañeros revolucionarios (todos vestidos de tunos) de las vías del tren que tenían que llevar a soldados españoles a la Guerra de Cuba. Aún participando a un "nivel teórico", Vicente está más preocupado por el poema que escribe para su futura esposa que por el boicot.





EL PALMAR

En esta isla en medio del valenciano lago de la Albufera, Berlanga filmó a Blasco Ibáñez huyendo de una marabunta de agricultores furibundos que, tras alejarse el escritor de sus quehaceres políticos y marcharse a Madrid, quieren ajustarle las cuentas por las promesas incumplidas. Blasco sale huyendo en una barca mientras le lanzan frutas los agricultores.

ALBORAYA

En la preciosa y centenaria alquería del Machistre, en la huerta de Alboraya, actualmente sede del Museo de la Horchata, se filmó la boda de Blasco Ibáñez con María, su primera mujer. En la escena podemos ver a ilustres personajes valencianos como Sorolla o Constantí Llombart.

Alquería dell Machistre, Alboraya



Agradecimientos

A toda la familia García-Berlanga, a Santiago Castillo París, a Miguel Ángel Villena, a Rafael Maluenda, a Manuel Hidalgo, a Juan Hernández Les, a Luis Alegre, a El Marqués, a prensa del Instituto Cervantes de Madrid, a las oficinas de turismo de Oropesa del Mar y de Jijona, y al Berlanga Film Museum.

Imágenes:

- Colección García Berlanga (en berlangafilmuseum.com), pág.: 5.
- Archivo fotográfico de Turisme Comunitat Valenciana.
- Extraídas de fotos de Rafael de Luis a carteles de la colección de Santiago Castillo París, págs.: 12, 13, 14, 20, 28, 29, 28, 48, 49.
- Instituto Cervantes / Fernando Gutiérrez, pág.: 6.
- Itinerantur S.L., págs.: 30, 33.
- Fotogramas © Mercury Films págs: 12, 13, 14.

Diseño de la guía: Itinerantur S.L.

Textos: Itinerantur S.L. y Diego Amela Chiva.

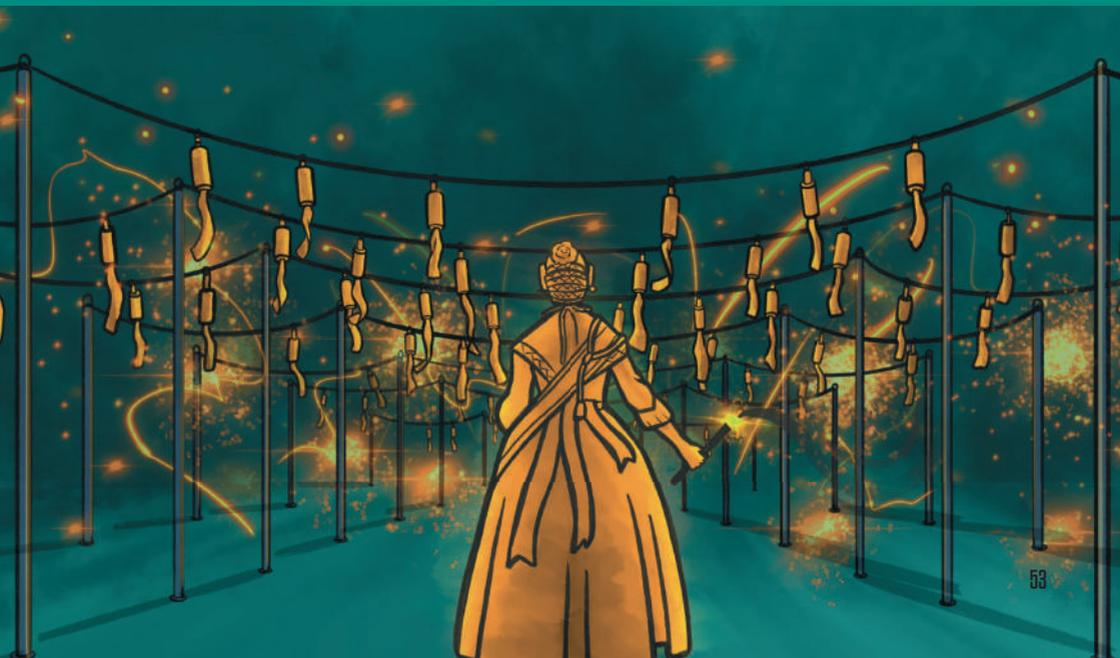
Ilustraciones y maquetación: Vicent Tena Piñana.

© Turisme Comunitat Valenciana, 2021.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento (ya sea gráfico, electrónico, óptico, químico, mecánico, fotocopia, etc) y el almacenamiento o transmisión de sus contenidos en soportes magnéticos, sonoros, visuales o de cualquier otro tipo sin permiso expreso del editor.

Nunca tengo la sensación de que he perdido un día; un día perdido es un día con otra agenda, la agenda de lo imprevisto.

Luis García-Berlanga Martí
(1921-2010)





GENERALITAT
VALENCIANA



www.comunitatvalenciana.com